

10 – Fe

Posted on January 01, 1970 by Néstor Martínez



Hechos 3: 16 = Y por la fe en su nombre, a este, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre; y la fe que es por él ha dado a este esta completa sanidad en presencia de todos vosotros. Es un texto este que no siempre se ha entendido con claridad, por eso aquí más que nunca viene muy bien la claridad con que lo encara la NVI: **Por la fe en el nombre de Jesús, este hombre fue sanado, y ustedes saben que él antes era un lisiado. La fe en el nombre de Jesús lo ha sanado delante de sus propios ojos.** La palabra “fe” ha sido utilizada, gastada, defendida, atacada y, muchas veces, malinterpretada. Para algunos es un refugio emocional; para otros, una ilusión; para otros más, una herramienta de control social. Sin embargo, cuando uno se aproxima a la fe desde una mirada profunda, honesta y anclada en el mensaje del Reino de Dios presentado en la Biblia, aparece algo distinto: no una evasión de la realidad, sino una forma radical de habitarla. La fe, en su sentido más esencial, no es negar lo que vemos, **sino interpretar lo que vemos a la luz de una verdad mayor.** No es cerrar los ojos, sino abrirlos más. En términos simples, es una confianza activa en que la realidad no se agota en lo inmediato. Esto ya marca una diferencia clave: la fe no es pasividad. No es quedarse esperando que todo cambie mágicamente. Es, más bien, una disposición interna que transforma la manera en que actuamos en el mundo. Desde el punto de vista bíblico, la fe nunca fue presentada como una idea abstracta o filosófica desconectada de la vida cotidiana. Por el contrario, siempre estuvo vinculada a decisiones concretas. Personas comunes que, en contextos complejos, eligieron confiar en algo que no podían controlar completamente. Y aquí aparece el primer aspecto profundo: **la fe no elimina la incertidumbre, pero cambia la forma en que nos movemos dentro de ella.**

En el plano social, vivimos en una época donde la incertidumbre es casi una constante estructural. Crisis económicas, tensiones políticas, cambios tecnológicos vertiginosos, vínculos frágiles. Todo parece moverse demasiado rápido. En ese contexto, la fe puede parecer un lujo o una ingenuidad. Sin embargo, es precisamente en ese terreno donde adquiere relevancia. Porque la fe no compite con la razón ni con la evidencia; compite con el miedo paralizante. Una persona con fe no es alguien que no duda, sino alguien que decide no quedar atrapado en la duda. Esto es importante: la fe no elimina el pensamiento crítico. De hecho, lo necesita. Una fe que no puede dialogar con la realidad termina siendo frágil. Pero una fe que se construye desde la reflexión, la experiencia y la coherencia interna, se vuelve una fuerza arrolladora y transformadora. Ahora bien, cuando hablamos del evangelio del Reino de Dios, estamos hablando de una propuesta que trasciende lo individual. No se trata solo de “mi fe” como algo privado, sino de una visión del mundo. El Reino de Dios, tal como se presenta en los evangelios, no es un lugar geográfico, sino una forma de organización de la vida donde valores como la justicia, la compasión, la verdad y la dignidad humana ocupan el centro. Desde esa perspectiva, la fe se convierte en un motor ético. No es solo creer “en algo”, sino vivir “de cierta manera”. Y aquí aparece una tensión interesante: muchas veces se ha asociado la fe con la desconexión de los problemas sociales, como si creer implicara desentenderse. Pero el mensaje original apunta en dirección opuesta. La fe auténtica empuja a involucrarse más, no menos. Por ejemplo, **una fe coherente no puede ser indiferente ante la injusticia**. No porque exista una obligación religiosa, sino porque la fe, bien entendida, afina la sensibilidad hacia el otro. Hace que el dolor ajeno deje de ser un dato y pase a ser una preocupación real. En ese sentido, la fe no es neutral: toma partido por la vida, por la dignidad, por la restauración. Ahora, siendo no ya objetivos, porque eso no existe en el hombre, pero si todo lo imparcial que se pueda, habrá que decir que también es cierto que la fe ha sido utilizada de formas problemáticas a lo largo de la historia. Ha servido para justificar abusos, manipular conciencias y sostener estructuras de poder. Negar eso sería poco honesto. Pero aquí es clave distinguir entre el uso humano de la fe y su esencia. El hecho de que algo pueda ser mal utilizado no invalida su valor original. **Un martillo puede construir una casa o romper una ventana; pero el problema no es el martillo**. En términos prácticos, ¿Cómo se vive la fe hoy sin caer en extremos? Hay algunos recursos simples, pero profundos: **Primero**, la honestidad interna. La fe no necesita perfección, necesita verdad. Es preferible una fe que reconoce sus dudas a una que finge certezas. La autenticidad es el terreno donde la fe crece de manera saludable. **Segundo**, la coherencia. No se trata de ser impecable, sino de intentar que lo que uno cree tenga algún reflejo en cómo vive. Pequeñas decisiones cotidianas: cómo tratamos a otros, cómo manejamos el enojo, cómo respondemos a la frustración. Ahí se juega mucho más de la fe que en grandes declaraciones. **Tercero**, el silencio. En una cultura saturada de ruido, detenerse a pensar, a observar, a escuchar, es casi revolucionario. La fe necesita espacios de pausa para profundizar. No todo se resuelve hablando más; a veces se aclara escuchando mejor. **Cuarto**, la comunidad. Aunque la fe tiene una dimensión personal, no fue pensada para vivirse en aislamiento. Compartir con otros, dialogar, incluso disentir, enriquece la comprensión. Nadie agota la verdad por sí solo. **Y quinto**, el sentido del humor, para mí infaltable en la vida humana. Sí, aunque suene raro. Una fe demasiado solemne suele volverse rígida. El humor sano permite relativizar el ego, descomprimir tensiones y recordar que no somos el centro del universo. **A veces, una sonrisa tiene más poder espiritual que un discurso largo**. Hablando de humor, hay una paradoja interesante: muchas personas quieren tener fe, pero sin perder el control. Es como querer tirarse a una piletta sin mojarse. La fe implica cierto grado de entrega, de aceptar que no todo depende de uno. Y eso incomoda. Porque vivimos en una cultura que valora el control, la previsibilidad, la autosuficiencia. La fe, en cambio, introduce una variable distinta: la confianza. Pero atención: confiar no es dejar de actuar. Es actuar sin la garantía absoluta de que todo saldrá como esperamos. Es sembrar sin ver todavía la cosecha. Y esto conecta con otro aspecto clave: la fe tiene una dimensión temporal. Muchas de sus respuestas no son inmediatas. Requiere paciencia, algo que hoy escasea bastante. Desde un enfoque más profundo, la fe también toca la identidad. En qué o en quién confiamos define, en parte, quiénes somos. Si nuestra confianza está puesta únicamente en lo material, nuestra estabilidad dependerá de variables externas. Si está puesta en algo más trascendente, aparece una base distinta, menos vulnerable a los cambios.

Esto no significa negar la importancia de lo concreto: el trabajo, la economía, la salud. Todo eso importa, y mucho. Pero la fe introduce una perspectiva donde esas cosas no son lo único que define el valor de la vida. Y eso, en contextos difíciles, puede marcar una diferencia enorme. En términos sociales, una comunidad con fe madura tiende a generar entornos más solidarios. No porque sean perfectos, sino porque hay una narrativa compartida que prioriza ciertos valores. Esto no es automático ni garantizado, pero es una posibilidad real. La fe, bien encauzada, puede ser un factor de cohesión y no de división. Ahora bien, es importante evitar un error común: pensar que la fe es solo para momentos de crisis. Es cierto que en situaciones límite muchas personas se acercan a ella, pero reducirla a eso es empobrecerla. La fe también tiene que ver con la vida cotidiana, con lo simple, con lo aparentemente pequeño. De hecho, es ahí donde más se pone a prueba. Porque es relativamente fácil hablar de fe en abstracto. Lo difícil es sostenerla cuando las cosas no salen como esperábamos, cuando hay frustración, cuando hay cansancio. Ahí es donde la fe deja de ser un concepto y se vuelve una práctica. Y en ese punto, conviene aclarar algo: la fe no garantiza una vida sin problemas. Esa idea, aunque atractiva, no es realista. Lo que sí ofrece es una manera distinta de atravesarlos. No elimina el dolor, pero puede darle sentido. No evita los conflictos, pero puede aportar herramientas para enfrentarlos. En el mensaje del Reino de Dios, la fe está profundamente ligada a la esperanza. No una esperanza ingenua, sino una expectativa activa de que el bien tiene la última palabra, aunque no siempre sea visible de inmediato. Esta esperanza no es evasiva; es, en muchos casos, lo que permite seguir adelante cuando todo invita a rendirse. Para cerrar, la fe, entendida desde esta perspectiva, no es un adorno espiritual ni un requisito institucional. Es una fuerza interior que, cuando se cultiva con honestidad y coherencia, puede transformar tanto la vida personal como el entorno social. No es perfecta, no es automática, no es cómoda. Pero es profundamente humana, aunque de trascendencia divina. Y quizás ahí está su mayor valor: en un mundo lleno de incertidumbre, la fe no promete certezas absolutas, pero sí ofrece una dirección. No responde todas las preguntas, pero ayuda a formular mejores preguntas. No elimina la complejidad de la vida, pero permite habitarla con mayor profundidad. Al final del día, la fe no se demuestra con discursos, sino con vida. Con decisiones pequeñas, con gestos concretos, con la forma en que elegimos tratar a otros y a nosotros mismos. Y aunque no siempre sea visible, su impacto puede ser mucho más grande de lo que imaginamos.

Posted in: Blog, Sin Categoría | | With 0 comments
